

**Gianni Celati**  
**LUNARIO**  
**DEL PARAÍSO**

TRADUCCIÓN DE  
FRANCISCO DE JULIO CARROBLES

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: ENERO DE 2018  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



© Gianni Celati, 1978  
© de la traducción, Francisco de Julio Carrobles  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2018  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-61-8  
DEPÓSITO LEGAL: CC-42-2018  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

# I

Iba todos los días a aquella casa normal pero alemana, anduve algún tiempo en aquel país extranjero, donde fui a caer en mis años mozos. Al final de un sendero con muchos árboles, todo oscuro de noche, el miedo se acrecentaba entre los árboles, porque no se sabía dónde desembocaba.

En aquella gran ciudad que recuerdo bien, las calles de la periferia tenían unos faroles mortecinos, cada vez más mortecinos a medida que se adentraban en el campo, entre la oscuridad de los árboles, un sinfín de árboles, muchos más que por aquí. Y yo querría describir las cosas emocionantes que vi, las casas, las calles, los árboles.

Para llegar allí se coge el metro, hay que cambiar en ya no sé qué estación. Gente que entra y que sale, andenes con marquesinas en los que siempre me equivoco. Luego, el metro dejaba de ser subterráneo porque salía de la tierra y corría por la costa de aquel lago que no era un lago.

Hablaré también de los prados que vi, unos prados inmensos como nunca antes había visto y que me producían una gran emoción. Esta máquina de escribir me trae de vuelta las cosas vistas hace ya no sé cuántos años, también a aquellos que quieren conocer mis aventuras de joven en el extranjero.

Al llegar se toma un camino campestre, que parte de una marquesina delante de la cual el tren se para porque las vías se acaban. Luego se enfila a mano derecha el sendero entre los árboles: de noche, las frondas y los setos se mueven solos; se llega a una casa de madera con el tejado a dos aguas, con muchas bombillas de colores, y aquí es donde comienza mi historia.

Una noche salía del metro y, antes de enfilear el sendero, me topé con aquel ciclista con gorra a cuadros que me hablaba en alemán y al que yo no entendía. Él, con el bombín en la mano, un poco amenazante, mirándome fijamente con los ojos desorbitados. No pasaba nadie por allí, sólo aquel tipo un poco extraño.

No me daba ningún miedo con su bombín, sólo que no entendí ni jota de lo que decía. ¿Qué decía? ¡Vaya, hombre! Recién llegado, idioma extranjero, palabras ostrogodas, no sé qué puñetas quiere de mí.

¿Qué es lo que quería clavándome de aquel modo los *faros de las órbitas*? Se lo pregunté, nada de quedarme allí como un pasmarote: *Was wollen Sie*? Me lo explicó en un santiamén, me estampó el

bombín en la cabeza a traición. Dos golpes secos; luego se largó tan tranquilo, pedaleando con aires de gran señor, tal y como os lo cuento.

Me quedé allí tendido en la hierba de la cuneta para recuperarme del cansancio de recibir golpes. Oí cómo se alejaba en bicicleta, cantando en un alemán que no entendía, tan contento. Es más, creo que cantaba una ópera lírica, si es que no me estoy haciendo un lío con los recuerdos.

El padre de la joven Antje me pedía explicaciones sobre esta aventura, le parecía extraña, y la verdad es que también a mí, que como explicación no sabía qué decirle. Le digo: un hombre con gorra a cuadros, en bicicleta, con el bombín, que canta. ¿Quién era el ciclista misterioso?

De ningún modo podía tratarse de alguien de aquellos alrededores, esto me lo aseguraba el padre de la chica; es más, fijaos bien, según él ni siquiera existía, a saber lo que me había figurado yo al no entender el idioma.

Pero ¿cómo? ¡Lo he visto! ¡Me clavaba los *faros de las órbitas*, el muy malvado! Sí, ya, pero, según él, a veces se ven visiones.

Sin embargo, tengo el chichón del golpe del bombín, que lo compruebe al menos antes de hablar. Le pongo la cabeza para que lo toque: no, se niega a tocarme, no quiere saber nada de estas historias; no es lo que se dice un tipo tratable el papaíto alemán.

Estamos en aquel salón de la planta baja de la casa de madera, con sillones tapizados de flores

amarillas y una mesa redonda en el centro. Toda la familia alemana me escucha con aire desconfiado, no saben si creerme o no. El papá ya ha empezado a echarse al colete las bebidas nocturnas, ha dejado de hacerme caso del todo, y yo sigo allí en medio tocándome el chichón.

La joven Antje preparaba una vez a la semana tarta de manzana como ejercicio escolar, luego llevaba un trozo al colegio para dársela a probar a su profesora y se sacaba sus buenas notas. Yo, molido por los golpes del ciclista, se lo explicaba a su padre; él no quería creerme, así que, de puro nervioso, empecé a comerme un trozo de tarta. En resumen, que de puro nervioso creo que me la comí casi toda, un trozo tras otro, sin parar, con el plato encima de la mesa. Todos me miraban comer en silencio, ninguno dijo ni pío, seguro que estaban echando pestes de mí.

El caso es que al día siguiente Antje tuvo que irse al colegio con los deberes sin hacer. Pero nadie me dijo una palabra, yo venga a comerme la tarta y ellos mirando. ¡Vaya gente!

El hermano de la chica se llamaba Jan, un corredor de cien y doscientos metros. Éramos más o menos de la misma edad, pero él era un rubio grandote, de esos lacios, con los músculos a punto de estallar por todas partes. Conmigo no hablaba nunca, silencio total, como los mudos; le decía buenas noches y él, silencio total.

En la casa alemana me habían puesto a dormir en su cuarto, no demasiado grande, camas de madera

hechas con cuatro estacas y gruesos edredones, y por la noche no me dejaba pegar ojo. Porque por la noche le brotaba de la piel el sudor del corredor, algo así como una humareda de un olor especial; no había escapatoria posible para la nariz.

El sudor del corredor es mortal, brota por la noche como una humareda, sube hasta el techo haciendo volutas y tirabuzones y acaba empañando todos los cristales. Por eso la ventana tenía que estar abierta, para que saliera el sudor apestoso del hermano Jan, con lo cual me pasaba toda la noche estornudando.

El padre de la chica se mosquea conmigo cuando le digo que no duermo por la noche. Había llegado sin avisar de que llegaba, y encima no dormía por la noche y, por si fuera poco, había recibido los porrazos en la cabeza del ciclista misterioso. Él me preguntaba el porqué de todo aquello, pero en el fondo lo que me preguntaba era: ¿Qué estaba haciendo yo en su casa? ¿Qué hacía yo allí si no había sido invitado?

La madre de la chica, más amable, muy alta, una rubia espingarda; le daba menos importancia a mis extravagancias de extranjero no ostrogodo venido de lejos. Era periodista, cronista de moda, por la noche me hablaba en inglés mientras me enseñaba sus artículos sobre moda como un amable entretenimiento para el huésped.

Me enseñaba revistas con fotos de chicas posando, largas piernas, modelos alemanas, todas

erguidas, parecidas a ella en lo corpulentas, luego me detallaba los selectos modelos de lujo que llevaban, de lo más originales.

Yo le preguntaba si podía recortar las fotos de la revista, quería enviárselas a mi madre, que era modista. Y la madre espingarda accedía amablemente; era ella la que en los primeros tiempos me hacía más compañía, indicándome también los vestidos más bonitos en los periódicos, para recortarlos y enviárselos a mi madre.

Es preciso saber que para mi madre los vestidos eran lo mismo que para mí los prados: la cosa más emocionante del mundo. Cuando veía un vestido original se ponía a estudiarlo durante horas y horas como si se enfrascara en una novela, olvidándose de la familia y del marido. Mi padre se ofendía por ello, estallaban las disputas, porque ella desatendía la casa por aquella pasión suya de confeccionar vestidos.

En la familia mi madre era la artista, cortaba y cosía vestidos especiales para las clientas interesadas. Mi padre, en cambio, leía muchos libros, novelas sobre todo, tenía su biblioteca particular, con Dante, Petrarca, Ariosto, y le gustaba escribir cartas en estilo regio. Sólo que sus cartas no las contestaba nadie, mientras que mi madre obtenía grandes éxitos con sus vestidos.

Así que mis padres andaban siempre dispares, y mi padre se hacía el ofendido. Y su forma de saldar cuentas tras una discusión durante el día era

traquetear la cama por la noche con grandes movimientos amorosos, con un ritmo cada vez más acelerado de jadeos furibundos que acababan en unos gemidos de mi madre tan potentes que se oían por toda la casa.

Sólo de mayor comprendí qué era aquel ruido nocturno que me despertaba con bastante frecuencia. ¡Ah, con los traqueteos de cama para saldar cuentas empieza el misterio de la vida en familia!

En aquellos tiempos mis padres discutían casi a diario, luego se volvían a hacer amigos por la noche. Mi padre perdía los nervios con facilidad; a la mínima se enfadaba por cualquier cosa, y entonces todo eran maldiciones y gritos en la familia. Él era así, había que aguantarlo porque él era así, decía mi madre.

Querida madre, siempre tan paciente, tan cordial, y con aquellas buenas caderas que incitaban al marido a tocarla a menudo. Querido padre, que me escribía cartas en estilo regio, siempre pegado a las faldas de mi madre y gran lector de libros en la cama durante muchos días seguidos.

Cuando los dejé no discutían tanto; me fui a la mili dejando a medias la universidad, luego los vi cada vez menos; después siguieron discutiendo cada vez menos, hasta que pasaron a mejor vida. Y esto que os estoy contando es la historia de la primera vez que fui al extranjero.